



El Paso

Daniel Gamper*

Dar un paso. Sólo un paso, acompañado de la sonrisa perturbadoramente perfecta del funcionario de fronteras que ha dado por buena nuestra documentación, previo pago de un puñado de dólares para el visado. Ya estoy en América, como la llamamos ahí, como los Estados Unidos han conseguido que sea denominado su país, América. Pero, si ahora ya estoy en América, ¿dónde estaba antes, hace apenas un instante? Pues en México.

La colonización de los imaginarios. El aparato propagandístico estadounidense ha logrado insuflar las aspiraciones de los estudiantes de *high-school* en los cuarentones de todo el globo, ha invadido nuestros anhelos sentimentales, los ha convertido en emanaciones de la burguesía consumista que ha admitido de manera inconsciente la derrota de los sueños del pasado.

Un sólo paso y se desvanece el laberinto de la soledad para entrar en el reino del mérito. Si trabajas, lo lograrás, hermano. *It's up to you*, dicen. Pero también te conminan, *just do it*. Y nos preguntamos, *do what?* Pues eso, claro, dar un paso más. Un paso sólo y ya habrás cruzado, se dice el europeo con pasaporte del país de Zapatero, héroe de *gays* y de personas bienpensantes como yo mismo.

Un paso sólo y ya habré llegado. Nada más fácil, basta ser capaz de darlo. La mica, me dicen. Un carnet fronterizo para transitar por la frontera. Un instrumento, en fin, para un intercambio en el que nadie sabe qué le dará el otro, qué responsabilidades competen a cada cual.

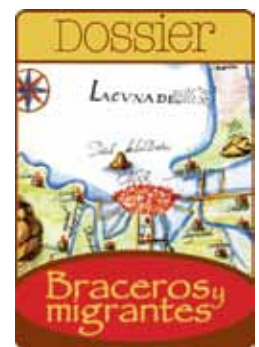
A mi servicio, dicen unos. *Yes, sir*, res-

ponden los braceros. Y el imaginario gringo chisporrotea de nuevo: el mexicano de las películas del Oeste está al servicio, es casi siempre un personaje secundario, el eterno aprendiz de *cow-boy* que reconoce y acata la autoridad económica del amo.

Me pregunto si la mica sirve para perpetuar la dominación norte-sur. Y surge, claro está, la cuestión de la justicia.

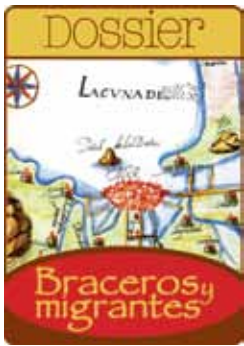
El escritor se erige, así pues, en juez. Hay que dictaminar. El caso es Ciudad Juárez. Las pruebas sólo las conoce el juez y son fruto del arbitrio y del cariño de los juarenses. El método de deliberación no puede ser más que la justicia. ¿Es justo el miedo de los ciudadanos? ¿Está justificado tener miedo a morir violentamente? ¿Es la vida en el peligro una oportunidad para crecer y aprender? Basta oler la violencia real para comprender que el imaginario jüngeriano sirve sólo para los hombres sanos que no tienen nada que perder, pero no para las madres, los niños y los hombres pacíficos del mundo. Que la vida en paz no es ni siquiera un derecho, sino la condición de posibilidad de la retórica de los derechos misma.

¿Quién es el responsable? Se pregunta uno que está a punto de dar el paso. ¿Quién se cobra las vidas? ¿Quién puede pasar? ¿Quién vuelve? ¿Cuántos se quedan a medio paso? ¿Quién escucha los rezos del pueblo? ¿Quién atiende nuestras súplicas? Eso se debían de preguntar también los empresarios juarenses que reclamaron la presencia de los cascos azules en la región. Noticia que fue recogida con gran aparato de documen-



Fecha de recepción: 2013-12-05
Fecha de aceptación: 2014-01-20

*Docente-investigador de la Facultad de Filosofía de la Universidad Autónoma de Barcelona.



tación en la prensa mundial. Las súplicas no encuentran receptor, o tal vez éste cree que cada cual es responsable de su destino y que si uno tiene la suerte de vivir en el lado bueno del río, eso no es cuestión divina, sino humana, errónea; una distribución injustificable pero justificada de facto.

El responsable de esto no es el Estado, entendemos al llegar a Juárez y ver que el número de muertos aumenta con el número de efectivos de las fuerzas y cuerpos de seguridad del gobierno destacados en la región. Más armas, más muertes. Más controles, más descontrol. El huevo y la gallina. Una lógica para la que no estamos preparados. El temor, omnipresente, azuza el ingenio. Se reducen las posibilidades vitales y aumentan las oportunidades de la comunidad vallada. La coexistencia forzada une a los vecinos. No queremos morir, no queremos que nos roben, que maten a nuestras hijas, a nuestros hijos. Y los que pueden, dan el Paso.

El tren corta la ciudad, detiene el tráfico y transcurre parsimonioso como un elefante por la avenida. Al otro lado, donde antaño dicen que florecían todos los trueques de la noche, los locales no están muy concurridos, la gente prefiere quedarse en casa, donde todo parece algo más tranquilo. Y las miradas por la calle, pasada la medianoche, son las de la juventud y la larga distancia. Aquí aún hay un horizonte de justicia hacia el que mirar. No demasiado arriba, no vaya a ser que los evangélicos colonicen las almas mexicanas de forma mayoritaria; ni tampoco demasiado abajo, pues ahora ya sabemos que es posible vivir en paz sin un uso irrestricto de la violencia. El horizonte de la justicia es en sí mismo un consuelo, pues incita a la acción.

Un museo en medio de un lugar que parece ser un lugar cualquiera. Los espacios en Chihuahua son otros que aque-

llos a los que está habituado el que mira desde Europa. Cualquier lugar puede ser significativo. Cualquier sitio es un no lugar, todo puede aun cambiar de significado, las raíces no alcanzan nunca muy hondo, la vida es tan ancha como las avenidas por las que circulan coches de todo tipo y en las que cada día, desde hace ya meses, mueren individuos. Dos muertos. 137 balas. Hobbes. A pesar de todo, sigue en pie el museo. Un museo de la violencia legítima.

La acción se detiene ante semejante oxímoron moral. La moral a veces es una camisa de fuerza para contener al individuo completamente enloquecido que habita en nuestras entrañas. La moral, sea cual sea, contiene una chispa de bondad.

En Juárez hay montones de individuos que salen a la calle con un "cuerno de chivo" colgado del hombro. Otros llevan diversos modelos de metralletas, escopetas y pistolas. Unos las portan visiblemente, otros las esconden en la guantera. Cada cual se protege como puede. Ajena a todo, la señal de tráfico que indica el desvío hacia Ciudad Juárez en territorio americano, incluye la prohibición de llevar armas. Una pistola tachada, como un prohibido aparcar. No entren las armas que han comprado en este territorio sin que apenas haya un control legal del asunto, dice la señal.

La misma sucia moral del banquero suizo.

Nadie aprieta el paso en la frontera. El momento no tiene ninguna solemnidad, pero su materialidad es intimidante. El paso está controlado, el registro es obligatorio, los rayos X desnudan los bolsos, las carteras. Y oficiales de ambos sexos que nos controlan antes de darnos la bienvenida y de mencionar al equipo de fútbol de mi ciudad. Ellos también consumen productos europeos, deduzco. También compran en nuestro mercado, son invadidos por nuestras imágenes, todos



engullidos por la publicidad. Y así, dos individuos con la misma cultura consumista, con los mismos anhelos privados satisfechos a base de sudor público, igualmente ajenos a los lugares en los que al parecer se deciden las brasas que tendremos que pisar, los empujones que tenemos que recibir. Una sonrisa y adelante. Que pase el siguiente: micas, visados, rostros, huellas, ordenadores, miradas, una medida de seguridad simbólica, una detención forzada. Cundir el desánimo entre los seres subdesarrollados del sur. Basta un pequeño empujón y el indio, el mestizo y el chilango, mexicanos todos, se podrán reconfortar en su condición de inferioridad, para poder gozar así de la queja contra los monstruos de arriba y de la impotencia que los ratifica en su indecisa energía vital, en su derrota interior inducida.

Así suena la retórica del poder. No hay derecho, sólo poder, sostienen los sofistas. Las fronteras son mentales, son físicas, basta tener el coraje de cruzarlas, de eliminarlas, y eso da luego el poder, físico y espiritual. Armas y dinero. Eso dicen los sofistas. Eso repetimos cuando sabemos que no sabemos de lo que hablamos. Aunque también podemos repetir otras retóricas, otros estilos, otra moral. La de las leyes. La idea misma de legitimidad es el núcleo de esta otra retórica. Y desde ahí sí que podemos seguir preguntándonos, como niños, por el sentido de la frontera.

¿Por qué, papá, existen las fronteras?
¿Por qué?

Entonces la filosofía se friega las manos encarnada en el cuerpo caduco del, así llamado, filósofo, y decide que esa pregunta no tiene sentido. El porqué de la frontera no es una hipótesis contemplable. Sólo pensamos en términos nacionales. El cosmopolitismo no es más que una moda. Algo que queda bien pensar y que no tiene riesgos pues sucede enteramente dentro de nuestras cabezas. Uno se declara cosmopolita y adquiere prestigio moral entre la plebe media. El

cosmopolitismo es un lenitivo para los remordimientos.

Basta de palabras. La frontera sigue ahí.

